

Introducción



La **Política Nacional de Educación Ambiental** formulada por los Ministerios de Ambiente, Vivienda y Desarrollo Territorial y de Educación Nacional, y adoptada por el Consejo Nacional Ambiental en Julio de 2002, tiene una particularidad: sus principios son compartidos por una gran parte de los “actores” institucionales y sociales que se dedican en Colombia a la educación ambiental, y la gran mayoría de las estrategias que la conforman están en ejecución.

Una de las razones que han permitido lo anterior, es que la Política recoge y eleva a la categoría de documento rector, los resultados de, por lo menos, tres décadas de experiencias y aprendizajes acumulados por instituciones públicas de nivel nacional, regional y local, por comunidades urbanas y rurales, y por organizaciones de la sociedad civil dedicadas a explorar el significado de la educación ambiental y la manera de llevarla a la práctica como instrumento esencial de una gestión ambiental participativa.

Un análisis detallado del proceso histórico y social que ha permitido que Colombia cuente hoy con esta Política, y un reconocimiento a los hombres y mujeres que lo han hecho posible a través de su compromiso y de su acción en distintos ecosistemas y desde diferentes ámbitos de la sociedad, exigiría un texto por lo menos de la misma longitud de este que ahora ocupa su atención. O más voluminoso aún, si nos remontamos a las raíces más remotas de nuestra muy dinámica y biodiversa nacionalidad.

Ese trabajo está todavía por hacerse y cuando se lleve a cabo, tendrán que destacarse saberes como los que les permitían a las culturas precolombianas convivir de manera armónica con la dinámica de los ecosistemas de los cuales formaban parte, e hitos tan importantes como la Expedición Botánica. Ambos ejemplos constituyen, cada uno a su manera, experiencias de educación ambiental.

Y más recientemente, momentos como el surgimiento de los primeros Parques Nacionales Naturales, la creación y la acción del Inderena (con todas las limitaciones que pudo tener esa institución gubernamental, pero también con sus múltiples logros y con los caminos que abrió), la Constitución de 1991 (y especialmente el proceso participativo que condujo a su diseño y adopción), los efectos sobre el país de varios procesos y eventos internacionales (como la llamada Cumbre de Río en 1992) y la creación del Sistema Nacional Ambiental, cuyo potencial no se ha aprovechado todavía en su totalidad..

Esa historia, por supuesto, no ha sido lineal sino meándrica, con múltiples avances y retrocesos, y con muchos timonazos, piques y frenones. Pero lo cierto es que aquí estamos y que existen una gran cantidad de experiencias a todo lo largo y ancho del país, que demuestran que, a pesar de que todavía estamos muy lejos de alcanzar eso que se llama “desarrollo sostenible”, los colombianos y colombianas hemos aprendido bastante -y seguimos aprendiendo- sobre la manera más pertinente y eficaz de hacer educación ambiental de calidad.

Quizás unos de los aportes con los cuales este libro contribuye a correr un poco el cerco en materia de gestión ambiental, son:

- El concepto de “seguridad territorial” (Capítulo 2), que hemos tenido la oportunidad de proponer, explorar y aterrizar en ejercicio y como resultado de varias experiencias de los últimos años en el campo de la gestión radical del riesgo, incluida una consultoría sobre incorporación de la gestión del riesgo en la gestión ambiental que elaboramos con Omar Darío Cardona para el MAVDT con recursos del Banco Mundial. Espero que, en la medida en que les resulte útil a los lectores y lectoras, contribuyan a ajustarlo y a encontrarle nuevas aplicaciones y posibilidades.
- El énfasis en argumentos y propuestas para sustentar la convicción de que la educación para la gestión del riesgo (que es una de las “Estrategias y Retos” expresos de la Política) constituye una dimensión específica de la educación ambiental y no una “rama” diferente del proceso educativo. Lo cual resulta coherente con la convicción de que la mejor gestión del riesgo es una adecuada gestión territorial (con el sentido que le damos en este libro a la palabra “territorio”) y de que los desastres mal llamados “naturales”, son el resultado de los errores que cometemos los seres humanos al relacionarnos con nuestro entorno de manera inadecuada.
- La exploración de nuevos argumentos y ejemplos para reforzar la convicción no sólo de que la educación es una forma muy importante de comunicación (lo cual resulta obvio), sino de que los medios de comunicación de diferentes “escalas”, juegan un papel muy importante, expreso o tácito, intencional unas veces y otras veces no, en la educación “abierta” de las comunidades, y también como apoyo (y a veces como contradictores de hecho) de los procesos educativos formales.
- El desarrollo de una serie de propuestas de indicadores que faciliten “leer” un proceso educativo con el objeto de saber si efectivamente nos acerca a los objetivos de la sostenibilidad o si, por el contrario, nos hace más vulnerables y, en consecuencia, contribuye a la vulnerabilización del territorio del cual somos parte. Uno de los retos que tiene por delante la educación ambiental es la identificación y aplicación de indicadores que permitan evaluar, al menos cualitativamente, el impacto de su acción.

Este libro, como su título indica, tiene la pretensión de convertirse en “brújula, bastón y lámpara” para contribuir al desarrollo y fortalecimiento de la Política Nacional de Educación Ambiental, instrumento que ha orientado paso a paso su elaboración.

El documento que la contiene y difunde fue redactado y editado por Maritza Torres Carrasco, Coordinadora del Programa de Educación Ambiental del Ministerio de Educación Nacional, quien ha sido, además, una de las más comprometidas y conspicuas constructoras y promotoras de esa Política.

Deseo expresar mis agradecimientos a Luis Felipe Henao Cardona, Secretario General y Jefe encargado de la Oficina de Educación y Participación del Ministerio de Ambiente, Vivienda y Desarrollo Territorial (MAVDT), a Juan Carlos Velasquez, exdirector de esa misma Oficina, y a César Augusto Martínez, Liliana Celis, Beatriz Garrido, Luz Adriana Jiménez, Carlos Useche y Mario Sarmiento, que forman parte del equipo encargado de la educación ambiental en el Ministerio y que durante todo el proceso me han acompañado y aportado de manera generosa sus experiencias y sus luces para la realización de este libro.

Así mismo al Grupo de Apoyo Técnico de la cooperación holandesa y particularmente a Andrés Gonzalez Posso, asesor del Programa de Apoyo a la Gestión Ambiental en Colombia de la Embajada del Reino de los Países Bajos y co-impulsor del sistema de indicadores participativos que utilizan varias comunidades del Macizo Colombiano para evaluar sus procesos (Anexo 3), y a cuyo entusiasmo se debe en gran medida esta publicación.

Mis agradecimientos muy especiales a los y las protagonistas de los procesos que seleccionamos para ilustrar de qué manera se está llevando a cabo la educación ambiental en Colombia, tanto por habernos permitido incluir en este libro esas experiencias (Anexo 1), como por la información que me aportaron con ese objetivo.

Por último, mi reconocimiento a Blanca Cecilia Castro, a Misael Murcia, a Yenny Román Núñez y a todas las demás personas que de una u otra manera me aportaron información, sugerencias y críticas para enriquecer este documento, al igual que a José Roberto Arango, de la Oficina de Publicaciones del MAVDT, quien se encargó de la diagramación.

Gustavo Wilches-Chaux
Bogotá, Diciembre de 2006

